

amor: hacia Dios, hacia la Iglesia y hacia la humanidad. Y más adelante no duda en llamar a la Iglesia, en la perspectiva del triple amor, *quodammodo humani generis ancilla*.

Tras este breve recorrido por los discursos de apertura y clausura de las sesiones conciliares pronunciados por Pablo VI, se puede seguramente afirmar que el influjo del Papa en el Concilio ha consistido grandemente en acompañar el desarrollo del Concilio; en orientarlo en el tratamiento de la materia, sin reducirse al papel de simple notario; en garantizar a todos los Padres la efectiva libertad de expresión, en modo especial a la minoría; en perseguir tendencialmente la unanimidad del Concilio en sus enseñanzas y en sus deliberaciones. Y todo ello en honor de la verdad y bajo el signo de la caridad.

Freud 50 años después

Donal Leonard

EN 1939, a la edad de 83 años murió Sigmund Freud. Con él, sin embargo, no murió una teoría de la personalidad que cambió la manera de pensar; metió en jaque la psicología del tiempo y alteró una visión tradicional de los valores. Es difícil negar que el psicoanálisis, sea cual fuese el juicio que se le quiera dar, ha venido a ser uno de los componentes ineliminables del actual panorama cultural. En nuestro lenguaje, cine, teatro, filosofía y arte resuenan continuamente su eco. Basta pensar en el uso de términos como pulsiones, inhibiciones, represiones, etc. que han venido a ser pan cotidiano en nuestro vocabulario.

Ciertamente las cosas hoy día han cambiado mucho. El horizonte cultural no es el mismo que el que percibió Freud; y su pensamiento se ha dividido en una serie de escuelas diversas, a veces incluso opuestas entre sí. Con sólo mencionar las corrientes adlerianas, jungianas, lacanianas, frommianas es fácil darse cuenta de este cuadro multiforme. Entre ellos los hay que consideran la teoría de Freud como una metafísica materialista; otros la ven como una técnica terapéutica plenamente conciliable con la visión espiritualista de la vida. Algunos lo reducen a mera estructura lingüística o a una técnica de investigación del inconsciente, y otro grupo ve en él la llave para abrir el misterio de la cultura y la actividad humana. Sin embargo, Freud sigue siendo punto de referencia dado que todas las escuelas, aun criticándolo, se remontan a él como a su "padre común".

El psicoanálisis nació cuando Freud ejercía sobre su paciente Nancy una serie de experimentos de sugestión posthipnótica. La paciente en hipnosis recibía una instrucción que debería realizar después de "despertarse". En el momento oportuno el acto sugerido era ejecutado *como si* hubiese sido hecho espontáneamente *sin* el recuerdo de haber recibido la orden. A veces el paciente o sujeto

lograba recordar la orden recibida; si no lo lograba, una vez rehipnotizado, el sujeto volvía a tomar conciencia del recuerdo.

La intuición genial de Freud fue su hipótesis: este fenómeno provocado experimentalmente como sugestión posthipnótica ¿no podría producirse también espontáneamente? ¿Los síntomas de histeria no podrían ser sugestiones hechas por el sujeto mismo, cuyo punto de partida había sido olvidado o removido? Con esta hipótesis se podrían explicar otros fenómenos inexplicables hasta el momento.

Así pues vio la luz el psicoanálisis como un intento de explicar lo inexplicable, de encontrar las razones de los fenómenos patológicos funcionales que deberían tener una causa, no orgánica, sino psíquica y no consciente. Nace así la hipótesis de la existencia de la inconsciencia.

Según Freud mismo la teoría del psicoanálisis se basa en dos principios. El primero es que los procesos psíquicos son en sí mismos inconscientes, y los procesos conscientes no son sino actos aislados o fracciones de la vida anímica total. El segundo es que los impulsos instintivos sexuales desempeñan un papel fundamental en la causalidad de las enfermedades nerviosas y psíquicas y coadyuvan a la génesis de las más altas creaciones culturales, artísticas y sociales del espíritu humano.

La reacción inicial a la obra de Freud tendía a los extremismos: o muy a favor o totalmente en contra. En recientes años, sin embargo, se ha distinguido con más cuidado entre el psicoanálisis como *terapia* y como *teoría*; y en este segundo, entre la teoría psicológica y una teoría filosófica. Freud era ante todo un psicólogo pero también quiso dar algunas aportaciones en el campo de la filosofía.

Este 50º aniversario de la muerte de Freud da la ocasión para proponer una serie de observaciones sobre las *bases filosóficas* de su pensamiento. Con ello esperamos poder responder a una inquietud básica, incluso existencial que suele aparecer de frente a fechas tan simbólicas como ésta. Queremos saber la verdad. Queremos abrir el pensamiento freudiano para saber si lo que está dentro corresponde o no a la realidad. (Ciertamente no nos proponemos una exposición crítica de su pensamiento, ni una visión de los avances del psicoanálisis en dirección de una apertura personalista, y en

Al encontrarnos ante la puerta cerrada del pensamiento de Freud nos es necesario primeramente hallar la llave para abrirla, es decir, tenemos que encontrar el modo que Freud poseía de ver, de leer y de interpretar las experiencias humanas.

Nos preguntamos por la veracidad del hombre que nos presenta Freud. Puede parecer a muchos que Freud llegó a sus conclusiones sobre el hombre después de un atento estudio de la personalidad y del papel del inconsciente en la conducta humana. Sin embargo, ésta sería una visión del todo falsa. Freud, como cualquiera que propone una teoría de la personalidad, no nos ofrece una antropología; más bien presupone una antropología. La teoría freudiana supone una antropología, que es la del "homo natura".

El "homo natura" es fruto, a ojos vistas, de un prejuicio positivista (reinante en aquel tiempo): la ciencia parte de hechos observables y se limita a comprobarlos y a enlazarlos en leyes. Freud, por consiguiente, busca las leyes que le permitirán predeterminar la conducta humana. Es también fruto de un prejuicio que podremos denominar patriarcal, con una consecuente devaluación de la mujer y de la relación madre-niño. A estos dos prejuicios se unirá la tendencia reduccionista (fruto también del positivismo). La tendencia reduccionista, es aquella que siempre concluye *no es otra cosa sino...* Así Freud repetirá literalmente con Fuerbach que la religión *no es otra cosa sino* la alienación del hombre de sí mismo; con Nietzsche, que la conciencia moral *no es otra cosa sino* una enfermedad del hombre débil; y con Schopenhauer, que el amor *no es otra cosa sino* instinto sexual refinado.

Al mismo tiempo Freud cae en una concepción mecanicista y funcionalista en la que el hombre es concebido como una verdadera máquina. Una rápida visión del vocabulario freudiano nos revela esta concepción mecanicista, v. gr. pulsiones, resistencia, energía.

Con esta "llave" utilizada por Freud para decodificar al hombre no nos debería sorprender encontrar una justificación a su visión materialista. Emerge en primer plano un hombre sujeto a leyes necesarias, inconsciente, carente de libertad, determinado, inmanentista, biólogo, "naturalizado", que *no es otra cosa sino* una máquina o un animal.

Así se comprende también cómo la cerrazón a la trascendencia y a la religión no es el fruto de un estudio después del cual se vi-

versal con un Dios, como afirma en "Tótem y Tabú" que "no es más que un Padre engendrado". Su negarse a la religión es el fruto del choque entre dos objetos de fe. Chocan la fe en la ciencia (positivismo, cienticismo), y la fe en una religión. Al optar por la primera queda excluida la segunda, en virtud de una elección ideológica (Comte, padre del positivismo afirmarí que "en la ciencia no hay lugar para Dios"). Prueba de ello es en Freud la continua insistencia y obsesión por la religión, que aparece una y otra vez en sus obras. Su última obra "Moisés y la religión monoteísta" (escrita en 1939 — año de su muerte —) se puede leer como el testamento espiritual de Freud; un último esfuerzo para defender esta elección ideológica forzada que le causa dificultades dentro de su propio sistema.

Por lo dicho hasta ahora no nos debería extrañar el que de la conciencia moral se afirme que *no es otra cosa sino* el sentirse en culpa, puro miedo al castigo, fruto de una interiorización de las normas de la cultura y de la sociedad. De ahí se desprenderá una moral que lleva a la neurosis sobre todo en el campo sexual. Reduce de este modo toda la experiencia moral a un componente psicogenético y rechaza los elementos racionales y axiológicos. No admite que el hombre tenga una facultad *natural* de distinguir el bien y el mal. Ciertamente puso en evidencia la moral patológica o una pseudomoral represiva del super-ego, y los peligros de una moral demasiado formalista, como lo era la moral kantiana dominante a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Pero, además de leer la experiencia moral con las premisas mencionadas, comete un doble error metodológico al pasar de un evento patológico al ámbito humano, y de una ley particular a lo universal.

De frente a semejante visión del hombre, leída con tales premisas cabe preguntarse cómo ha sido posible su recepción tan amplia en la cultura moderna. El freudismo es llamado hoy para justificar todo concepto en contraste con la moral cristiana (adulterio, pornografía, masturbación, homosexualidad, etc...). Esto lleva a pensar que el éxito de una teoría, a veces, no se da en relación con la verdad de tal teoría, sino más bien en relación al ámbito socio-cultural y político de una determinada sociedad, que hace creíble una teoría "científica" por una determinada cultura.

Pero el hombre no queda satisfecho y no parece conformarse con la herencia dejada por Freud; por eso busca la llave correcta y verdadera para leer el propio misterio y para poner al descubierto la riqueza de la persona humana. El hombre no es un animal, sino que

to, capaz de conocer a Dios, un ser libre dotado de una orientación fundamental que concreta su existencia. Esta naturaleza racional y libre del hombre deja entrever su dignidad de "imago Dei". Así el hombre, artífice de sí mismo, se perfecciona en la fidelidad a su esencia natural y a su vocación sobrenatural. Esta imagen de Dios, que puede aparecer desdibujada por el pecado, ha sido redimida a través de Cristo, Hijo del Hombre. Por lo que sólo en Cristo, plenitud de sentido, el hombre se encuentra a sí mismo.